

EL VIEJO GUARDIÁN

(CUENTO)



En un país muy lejano vivía un anciano con su nieto. Su rancho estaba en lo alto de una loma y a sus pies, había un pueblecito. Frente al poblado estaba el mar y había una amplia y hermosa costa. Desde lo alto de la loma el nieto se divertía

viendo las casitas blancas tan pequeñas. Y a los hombres los veía como hormigas.

Toda la loma estaba cubierta de campos de arroz, dorados como el oro. El abuelo era el guardián de los grandes arrozales del pueblo. El niño amaba los campos de arroz. Abría las acequias de riego y ahuyentaba los pájaros en la época de la siega.

Un día en que las espigas amarillas brillaban al sol, el viejo guardián miraba a lo lejos, al horizonte del mar. Su mirada que estaba fija, de repente se llenó de sorpresa. Algo como una nube grande y negra se elevaba a lo lejos. El viejo asustado seguía mirando fijamente. De pronto, se volvió hacia la casa y gritó:

—¡Hijo!, saca del fuego una rama encendida y tráela.

El nieto no comprendía por qué, pero obedeció al momento y salió corriendo de la casa con la rama encendida en la mano. El viejo corrió al arrozal más cercano. El nieto lo seguía sorprendido.

—¿Qué haces, abuelo? ¿Qué quieres hacer?

—¡De prisa, de prisa! Prende fuego a todos los campos.

El nieto se quedó inmóvil. Pensó que su abuelo había perdido la razón, y se llenó de espanto. Pero un niño en este país lejano siempre obedece, y tiró la antorcha encendida en los siembros de arroz.



Primero fue una llamita que se retorció entre los tallos secos. Después se extendió en llamaradas rojas. Y por último, una gran columna de humo, cubrió toda la montaña.

Desde allá abajo, los habitantes del pueblecito vieron sus campos incendiados y dando gritos, corrieron desesperados trepando por los caminos del monte. Todos subieron, hasta las madres con su hijos.

Al llegar a la cima y ver todos los arrozales quemados, se llenaron de furia y preguntaron:

—¿Quién ha sido? ¿Quién ha quemado los arrozales?

El anciano se acercó a los hombres y dijo con serenidad:

—Yo he sido. A todo esto, el nieto más lloraba.

Un grupo de hombres agarró al viejito, gritando:

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué?

El viejo se volvió y señaló el horizonte.

—Miren allá, dijo.

Al fondo, donde horas antes la inmensidad del mar era plana como un espejo, se levantaba una inmensa muralla de agua. Era una ola oscura y gigantesca que avanzaba desde el horizonte. Hubo un momento de horror... Los corazones de todos latían con fuerza.

La ola gigante avanzó con un ronco bramido, se volcó sobre la costa y fue a romperse como un trueno contra las faldas de la montaña. Luego el agua se fue retirando con un rugido sordo. El pueblecito había desaparecido, deshecho y arrasado por la inmensa ola. El viejo guardián miró a todos los habitantes bien seguros en la cima del monte. Armado con su calma y su sabiduría, había salvado la vida de todos los habitantes de aquel pueblecito.